

La magia ha llegado a San Vicente (Tucán)

Con un sonido metálico, pero alto y claro, se oyó a través del pequeño altavoz:

- Doña Rosita, tiene la presión muy elevada, tiene que cuidarse más. Ya le dijo María que no debe olvidar tomarse las píldoras que le enviamos.

- Sí, mi hijo, ya voy tener más cuidado con la comida y también me tomaré las píldoras.

Acercándose más a la pantalla, el doctor, como en un gesto de intimidad, bajando la voz y atravesando con su mirada los cientos de kilómetros que les separaba le susurró:

- Me han dicho que en la granjita ya le han criado los cuyes, doña Rosita. ¿Cree que cuando vaya para el verano podrá invitarme a comer?

- Claro, doctor –dijo ella alejándose de la cámara para que él no percibiera su sonrojo.

- Por favor, ahí le dice también a su nieta que no olvide que María le va a realizar una ecografía el jueves y que en la próxima consulta ya le podremos decir el sexo del bebé.

- Ay, sí, doctor, a ver si esta vez es un varoncito.

Rosita salió del consultorio mascullando, casi sin despedirse de los vecinos que esperaban también a ser atendidos en la pequeña salita de espera que esos güeros habían montado hacía un par de años. Muchos de los que allí aguardaban venían de aldeas que estaban a varias horas caminando, pero, ni modo, había que acudir a San Vicente si se quería evitar ir hasta la ciudad; eso sí era imposible, y más en época de crecida, donde ni las canoas ni las barcas grandes podían llegar a la otra orilla.

Ella tenía la suerte de vivir en San Vicente, así no debía molestar a sus hijos o a sus nietos para que la llevaran a visitar al doctor al centro de salud, como así hacían con Ramiro, cuando aún vivía y no existía este pequeño consultorio. Este doctor se preocupa, pensó,

pero desde tan lejos ¿sería posible que supiera si su nieta iba a dar a luz a un varón o a una hembra? Sí, se lo había explicado María, la enfermera, que todo era gracias a la línea del teléfono, y que el doctor podía ver todo en Guaraiva, pero ¿no era esto más mágico que lo que hacía la partera, que solo mirando la panza también lo sabía? Bueno, lo importante es que ese varoncito venga bien, se dijo mientras avanzaba hacia su casa, despacio, con cuidado de no tropezar. Se sentía mayor, ya le costaban algunas cosas, pero sí tenía fuerzas todavía para pasar largas horas con sus animales y haciendo sus cestos a la sombra del charichuelo.

Cuando estaba llegando se dio cuenta de que no le había mostrado al doctor Quispe la herida del pie que tanto le molestaba por la noche. No voy a regresar, pensó, mientras se paró a tomar resuello, ya lo haré cuando acompañe a mi niña a ver esa pantalla donde, como por brujería, iba a ver a su biznieto; eso sí, ya le dijo María que no se asustara, que los latidos sonaban mucho, como cuando el viento y el agua azotan con fuerza el río.

Pasó la tarde sola, se tomó su caldito de gallina acompañado de palta, y se quedó mirando el cielo esperando a que llegara la hora en que la luz del sol se desvaneciera en la otra orilla del río, dejando ese color rojizo en el agua que tanto le gustaba. Y esa noche, Rosita se fue a dormir feliz, pensando que tenía suerte de vivir con lo que la naturaleza y su trabajo le ofrecían, y que Ramiro estaría contento de ver cómo su familia aumentaba, aunque él no se fiaba mucho de los intrusos, como él llamaba a los que venían de la otra orilla y que, durante tantos años, esquilmaron sus bosques. Ramiro, le dijo ella sin abrir su boca, cambie, no me maree usted otra vez con lo mismo, hombre, que esta vez sí valió la pena, haga caso a esta vieja que tanto ha vivido. Y, poco a poco, el sueño la envolvió, y durmió tranquila, sin la molestia del pie, a pesar de la caminata.